

# Las estrellas

Quizás haya pocas cosas tan sobrecogedoras y hermosas como contemplar un cielo radiante y lleno de estrellas en la oscuridad de la noche. Ahora nos cuesta más verlas, pero las estrellas desde siempre han estado sobre nuestras cabezas, hemos jugado a unir las y crear nuestras propias constelaciones y... ¿quién no ha osado inocentemente contarlas? Sabemos incluso que pueden ser nuestra guía, e incluso hay quienes, con la primera estrella del día (el lucero del alba), se atreven a pedir un deseo.



Las estrellas han marcado mucho la historia de los hombres; y esta significatividad se muestra en la Biblia, pues ellas también nos orientan hacia un mayor conocimiento de la salvación de Dios.

## Signo de las promesas

Es en el Génesis donde encontramos la primera referencia a las estrellas. En el relato de la creación, en el día cuarto, Dios creó “el lucero grande para regir el día y el lucero pequeño para regir la noche, y las estrellas; y los puso en el firmamento para alumbrar la tierra y para apartar la luz de la oscuridad” (Gén 1, 16-18). Signos de la luz, esa luz que Dios creó en el primer día y que apartó las tinieblas, esa luz que es su gloria que resplandece en el mundo, que es vida y brilla en las tinieblas (como nos dice Juan en su Evangelio: 1, 5). Mirar las es-

trellas es mirar la impronta de la salvación que Dios nos promete.

Pero esta salvación se hace más patente. Seguramente todos tengamos en la cabeza a Dios diciendo: “Abraham, mira al cielo, cuenta las estrellas, si puedes; así será tu descendencia” (Gén 15, 5). Dios convierte las estrellas, de nuevo, en signo de alianza, en promesas de salvación. Mirar las estrellas es recordar que Dios ha hecho un pacto gratuito con la humanidad, por el que asegura su presencia a todas las generaciones y a todos los pueblos. Por eso, al mirar al cielo y verlas, podemos exclamar con el salmista la grandeza de un Dios que nos ama: Cuando miro las estrellas que has creado, veo que coronaste al hombre de gloria y dignidad; qué admirable es tu nombre, Señor, en toda la tierra (Salmo 8), nos las has dado como promesa porque es eterno tu amor (Salmo 136, 9).

No es de extrañar, pues, que en relatos situados en contextos de persecución utilicen como metáfora la caída de las estrellas como la destrucción o traición de las promesas de Dios por aquellos que se oponen a ellas. Es el ejemplo del Apocalipsis, en el que el Dragón (representación del mal) barrerá del cielo un tercio de las estrellas (Ap 12, 4) o cuando Jesús habla sobre la gran tribulación (Mt 24, 29). Interesantes las Palabras de Pablo en su camino hacia Roma: “Durante muchos días no aparecieron ni el sol ni las estrellas, y teníamos encima una tempestad tan fuerte, que perdimos toda esperanza de poder salvarnos” (Hch 27, 20).

## La luz de Dios

Quizás la estrella más famosa de todas sea aquella que guió a unos sabios de Oriente hacia un pequeño establo de Belén (Mt 2, 9). Y aquí, como sabemos, es donde alcanza su cumbre el cumplimiento de las promesas de salvación de Dios, en un pequeño niño, que no es otro que el Mesías. Esta estrella encierra más de lo que pensamos; y es que, en el imaginario colectivo de Israel, la estrella acabó siendo un signo del Mesías. Aquí, en Belén, nació una estrella, que brilló más que ninguna, una estrella que arrojó luz al mundo, la luz de Dios, la luz que brilla en las tinieblas.

Por su parte, los relatos de la Resurrección, si bien no nos mencionan las estrellas, nos hablan siempre de que fue “muy de madrugada, apenas salido el

sol” (Jn 20, 1; Lc 24, 1; Mt 28, 1), y no es difícil imaginarse la escena con aquel lucero del alba brillando como primer testigo de la salvación. La resurrección de Cristo, la confirmación más inesperada de la salvación de Dios, es el cumplimiento de la promesa que se hace efectiva en nosotros, es el “Lucero del Alba” que Dios nos promete (Ap 2, 28; 2Pe 1, 19).

Por eso, en medio de los contextos persecutorios, siempre se vuelve a hacer referencia a las estrellas como promesa de Dios en sus manos: “Apareció como un Hijo de Hombre con siete estrellas en sus manos y dijo: ‘No temas, soy yo, el Primero y el Último, el que vive’” (Ap 1, 13-18), o la mujer coronada con doce estrellas por la cual se vencerá a la bestia (Ap 12, 1). Así pues, al final de los días, en el cumplimiento definitivo de las promesas, ya no habrá noche y, por tanto, no habrá estrellas y no necesitaremos su luz que nos alumbré, porque las veremos realizadas en nosotros y sólo el Señor Dios nos alumbrará (Ap 22, 5).

### Del libro de Nehemías (Neh 9, 6)

*“¡Tú solo, Señor, eres el único! Tú hiciste los cielos, el cielo de los cielos y todas sus estrellas, la tierra y todo cuanto encierra, los mares y todo lo que contienen; a todo ello tú le das la vida, y todos los astros del cielo te adoran”.*

### Para reflexionar:

¿He pensado alguna vez en las promesas que Dios me hace en la vida?

¿Confío en Dios y en sus promesas? ¿O dejo que las dificultades las tumben?

¿Me levanto cada mañana agradeciendo ese Lucero del Alba que es Cristo en mi vida?

